

C A R A Y Por IGNACIO AGUSTI C R U Z

chinchón, anis y toros

EL chaparrón que nos mojó a la salida de la plaza de Chinchón, el domingo pasado, después del festival de toros, era exactamente aquel vaso de agua que uno se toma después del anís, y era de rigor que en Chinchón nos secuieramos con agua el seco latigazo anterior. Por qué el anís de botella, útil para todo el año, se había hecho en la tarde del domingo paisaje y luz, jolgorio y llama. La fiesta de los toros, en la plaza del pueblo, frente al anfiteatro natural de la piedra eclesiástica y de la balconada pueblerina, cuajada de banderas y temblorosa de colores, había tenido la calidad misma del anís de Chinchón: había sido algo con muchos grados, sorprendente al paladar por su brevedad y por su rebufo, seco y ardiente. El agua limpió de pronto todos los contradictorios sabores de la fiesta, cuando ésta acababa de concluir.

Pero, ¿cuán distinto e importante había sido todo! Yo estoy un poco persuadido ya de mi pueblerineza, de resultar en cierto modo intemperante y forastero en un mundo que se concibe y desarrolla alrededor de sí mismo como una unidad con el tiempo, con el paisaje —con la geología— y con la luz. A mi lado estaba el pintor Durancamps, quien tomaba notas y apuntes. Me ocurrió en otra ocasión descubrir por casualidad en los pintores —en ciertos pintores— un anticipo, una premonición, del lápiz al tema. Estaba viendo yo a una dama rubia sentada en un balcón y pensaba: «He aquí un Pruna perfecto», cuando, volviendo la mirada, vi un poco más lejos a Pedro Pruna que estaba pintándola. El pasado domingo yo podría haber pensado: «He aquí un Durancamps», cuando en efecto estaba Durancamps frente a su tema, las gafas de concha casi descabalgando de su rostro a cada instante, hojas de bloc por delante, sintetizando apresuradamente lo movidizo, lo insalvable de la situación, ante el gran mirador que sirve de friso inverosímil al popular festejo. Y es que, como decíamos, se unen allí, en historias fugaz y vivísima, el tiempo y el espacio, las gentes que se mueven, la luz, el color, la pulpa misma de una raza. Todo ello es indecible, pero sólo se mide por el rastro que deja en nuestro ánimo, que es como el rastro seco, vivificado y amargo —un poco amargo— que tiene un trazo súbito de anís.

Habíamos estado almorzando en un mesón con arcos, en la misma plaza, en cuyo patio las columnas, tal vez pompeyanas sin saberlo, ostentan en Chinchón capiteles y yedras. Nuestro anfitrión era sencillamente don Manuel Mejías «Bienvenida», el «Papa Negro» de la gran leyenda. Permisid que yo, ajeno al mundo de los cosos, me asombre ahora en público de la inmensa sabiduría que trasciende de algunos rostros de varón, en ese artificio sangrante e intenso que sedujo a Hemingway hasta el cumplimiento máximo de su tinta escrita. Constituye para mí, sobrevenido en ese mundo episódicamente, una lección viva advertir la perfección de los módulos y formas de la jerarquía, llevada a los términos más altos de cortesía y de naturalidad; me admiró comprobar el fondo aristocrático y altivo que impregna los entresijos de una vocación y de un arte tenidos por populares y multitudinarios. La plaza es otra cuestión: en los graderíos está la gente, la gente ululante y descarada, la injusticia, la arbitrariedad, el desenfado y el grito. Pero fuera de los graderíos, todos saben —o parece que lo sepan y que no lo olviden— que están a solas el toro y el hombre y, por ello, incluso en un almuerzo hay tanto silencio, tanta distancia formularia, tanta cortesía, tanto tratamiento, sonrisa y humana reverencia.

Cuando está solo con el toro en los momentos graves y tensos de una faena con temperatura, el diestro es un monumento que no solo está en pie, sino que vive; pero vive quizá no como los demás, puesto que se obstina en la muerte y, por tanto, en cierto modo, la prefigura. Es ese el instante que podían tener las grandes esculturas si se pusieran a vivir al soplo de una ráfaga de milagro. Por eso, cuando las grandes figuras ya se han apeado del tremendo pedestal de la muerte,

suscitan aún —y pueden seguir suscitando durante toda una vida— esas miradas de atención, pasmo y respeto entre los demás, entre los que le siguen.

No calibraba seguramente todo eso Durancamps, que estaba atento a la imagen fugaz del momento. Para él el espectáculo era mágico y su desbordante sensualidad y vitalismo era un atrevido contraste con el trascendente secreto de los toros, que es la muerte.

Se producían en el carbón de Durancamps aquella tarde las sombras de las gentes españolas, los bultos de los muchachos que asontaban sus cabezas por debajo del burladero, como para ver a los toros en toda su descomunal proporción. Vistos desde el mismo suelo pulverizante, los toros deben de ser como un huracán. Allí estaban los chiquillos, y estaban en las tapias de los corrales y encima de los burladeros y en las cornisas. Por todos lados había racimos de muchachos apiñados de la plaza. Y los hombres, esos hombres con hoína que no tienen edad.

mónaco, sus príncipes y las carpetas burocráticas

Las dificultades por las que pasa el Principado de Mónaco nos interesarían de una manera relativa, si no fuera precisamente por el hecho de que los Príncipes de Mónaco son Rainiero y Gracia Patricia, los cuales han venido, en los tiempos actuales, a constituirse como símbolo de una Europa a la vez popular y clasificada, entre otras razones por el hecho de ser tenidos por un modelo de principesa felicidad conyugal, exactamente igual que en los antiguos cuentos de final feliz.

Si no fuera por esa circunstancia, nos podríamos

mis amigos ingleses

He recibido la visita de una vieja pareja de amigos ingleses, quienes en rápido viaje han sorprendido a España en este otoño lluvioso, desigual y opaco que vivimos. Como resulta que mis amigos hicieron el viaje viniendo de Gibraltar, por Sevilla, Córdoba y Granada, pararon en Toledo y, desde Madrid, visitaron en rápidas excursiones El Escorial, La Granja y Aranjuez, todo ello bajo la lluvia; me mostraron un poco, al final, con toda sinceridad, el agobio que sentían. Tenían ganas de regresar a casa, de volver a Londres, de regar su jardín y de volver a hablar en inglés con todo el mundo.

Nos pasa un poco a todos —incluso a los ingleses— lo que decía el famosísimo torero al llegar a París: «Todo el mundo es extranjero.» Pese a Mercados Comunes y a filantropías ideológicas, estamos bien en nuestra casa e incómodamente en casa de los demás. Mis amigos ingleses acusaban la velocidad de su viaje, la inclemencia —o, mejor, la sorpresa inclemente— del tiempo y la cantidad de experiencia e impresiones almacenadas. Todo eso se rescataba con prisas a la hora de adelantar en avión su viaje de regreso.

Pero había algo que había servido para reunir y resumir todos los elementos dispersos de su fatiga. Mis amigos ingleses son vocacionalmente unos grand's amateurs del arte. Sus viajes tienen un centro y un objetivo: conocer el arte de los países y, a través de él, conocer a esos propios países. Lo que principalmente les ocurrió a mis amigos ingleses fue una indignación intelectual y sensitiva.

En ocho días escasos se recorrieron y tragsaron la mitad más uno de todo el arte universal. En Granada quedaron deslumbrados por el espectáculo de la Alhambra, y en Sevilla, por las joyas de la Catedral. En Córdoba se espeluznaron con la Mezquita. Llevaban ya todo ello muy clasificado cuando vino, con Toledo, el

permitir el lujo de interesarnos por el fondo de la cuestión, es decir, de calibrar, estudiando las cifras, el volumen de las deudas que el Principado debe de tener en estos instantes con Francia y la calidad de las posibles infracciones que haya cometido o esté cometiendo en los pactos establecidos.

Pero todo ello, ¿es verdaderamente muy importante? ¿Es necesario tratar a Mónaco como un simple negocio? ¿No podrían hacer los franceses —es decir, el Gobierno de los franceses— un poco «la vista gorda» con relación a Mónaco?

Eso es lo que cabría hacer si los Gobiernos siguieran al pie de la letra el sentir popular. Los pecados del Principado son excusables —se diría la gente de la calle—, como los de una pareja de jóvenes pimpollos que no entiende mucho los recovecos de la administración y de la política, pero que son un ornato y un alegre espectáculo para los demás. Efecto, Grace y Rainiero no son sólo un ejemplo de alegre juventud y honesta felicidad: son, o vienen a ser en cierto modo, los propietarios de una maravillosa villa —tal es Mónaco—, de la que todos somos a veces comensales. Montecarlo es la «boite» del mundo, y eso, a la fuerza, cuesta dinero.

¿Por qué, en lugar de las cifras escuetas no consideraran los funcionarios franceses a Mónaco como un escaparate al que hay que conservar, aunque sea a fondo perdido? Nos parece que las «public-relations» y demás zarandajas de la propaganda no resultan nunca gratuitas. Habría que ver lo que le costaría a Francia inventar un Montecarlo —incluso para tenerlo como escaparate soberano— y contratar a dos figuras de la talla estética y social de Rainiero y de Gracia Patricia. Naturalmente, eso hay que pagarlo de algún modo.

Pero cualquiera juega con las realidades cuando estas vienen en las carpetas de los funcionarios del Estado francés.

gran contraste: no tenían ya en el almacén de su sensibilidad casi espacio para situar la gran tristeza trascendente y sombría de la Catedral de Toledo. El hotel en que se instalaron no era muy cómodo y no pudieron dormir, punzados por el gótico y por el barroco y aturdidos por el barrio de la Judería. Los Cristos hieráticos y espeluznados de España, recorridos y sangrantes, planchaban ya sobre su agnóstica percepción como agoreros símbolos de la España medieval e inquisidora. Se apresuraron a venir a Madrid, donde les busqué una plaza confortable en un hotel sin ruidos y con luz moderada. Se repusieron durante una noche cuando al día siguiente se les echó encima El Escorial, con su inmenso baluarte de rigor arquitectónico, con el San Mauricio decapitado magistralmente por el Greco, con el foso de los regios despojos, desde Carlos I acá, presididos por la llamada moribunda que es el Cristo de Bellini, pieza de plata que parece un monte resumido. Las grandes bóvedas eran para ellos el mausoleo del universo entero. Pasaban una y otra vez en su jardín, en la amable regadera de los domingos; pensaban que la historia es inútil y echaban de menos forzosamente la «douce vita». Me decía la señora: «¿Por qué son ustedes tan tristes? ¿No sonríe la gente?»

El Prado no pudo con ellos, para visto en rápida visita. Yo les conté que Eugenio d'Ors dedicaba una mañana entera a un solo cuadro, en general —como el «Paisaje de la Villa de Médicis», de Velázquez, o el «Retrato de una Dama veneciana», de Tintoretto, de pequeño tamaño. Luego, el pensador, salía escurrido del Museo, sin echar ni una mirada de reojo a los demás para no atardirse. Ellos no pudieron: quedaron anegados en Goya, Velázquez, Ribera y el Greco a la vez, y se les produjo por dentro un terremoto, cuyo epicentro podían haber situado en el instante, ya lejano, de la Contrarreforma. No, no... Ellos deseaban regar su jardín.